

bres nuestras. Si Británico no se tomase tamaña libertad de lenguaje, frustraría la expectación y la esperanza de los venidos aquí á escuchar cosas atrevidas y fuertes.

— Calla, deslenguada; eres peor cien veces que tu hermano.

Y al decir esto miró el emperador con tal odio á su esposa, que esta infeliz se tapó el rostro con las manos, como si no pudiera soportar lo fulminante de aquella mirada.

— Pues que mientras el esclavo de Nerón lo es por decreto del destino y por ley de necesidad, constitúyese Nerón de suyo en esclavo de su sensualidad, de su avaricia, de sus vicios, de su propio despotismo.

Un rumor espantoso corrió por el público al oír tales palabras. Nerón se levantó de su lecho é hizo una seña grave á su privado Tigelino. Hecha esta seña, el privado hizo á su vez otra seña grave al escanciador. Y, hecha esta seña, el escanciador se colocó, vaso en puño, al lado de Británico. El mucho vino apurado y el ardor intenso con que dijera las primeras palabras de su arenga secaron las fauces de Británico y pidió de beber. El esbirro que debía escanciar, le dió un vaso de oro. Británico lo apuró de un trago. Y no había concluído de beber cuando cayó en el suelo como herido de un rayo.

— ¡Dioses! ¡La muerte! — exclamó Tito lanzándose sobre su amigo que aún se estremecía.

— ¡La muerte! — añadió la pobre Octavia cayendo de espaldas.

— Sí, la muerte — dijo Nerón volviéndose á su madre Agripina. — Soy tu hijo.

— Perdida, perdida, perdida para siempre — dijo Agripina, muy aterrada en su interior, pero sin desconcertarse mucho exteriormente, guardando la olímpica serenidad que le acompañaba en los mayores trances.

— El primer crimen de César — dijo Séneca volviéndose á Lucano y Propercio. — Ninguno de nosotros morirá en su cama.



## CAPÍTULO XI

### EL VIBOREZNO

— ¿Desterrada del Palatino? — preguntaba el favorito Vitelio á la emperatriz madre.

— Desterrada, Vitelio, como ves.

— ¿La que antes agrupaba el pueblo romano en torno suyo, tan sola hoy?

— Enteramente sola.

— ¿Te acuerdas, Agripina, del astrólogo?

— No lo recuerdes, Vitelio.

— Los hechos de hogaño van á una confirmando las profecías de antaño.

— Yo he considerado siempre al hijo de mis entrañas capaz de herirme con un puñal en el seno que lo engendrara; mas no lo he creído capaz de lo perpetrado ahora, capaz de alejarme del trono y del palacio á la vista de todos.

— Con efecto, esta casa de tu abuela dista en riqueza y en comodidad y en gusto del Palatino tanto cuanto dista una choza de esta casa.

— Nada de corte: separa de mí Nerón los amigos y devotos míos, llamándolos enemigos suyos. Nada de aquellos esbirros y delatores que todos los poderes y todos los príncipes romanos han menester en torno suyo: la precaución para sí, la defensa de su per-

sona quedan prohibidas á una emperatriz como yo, que tanto se desvelara por el bien público y tantos enemigos contrajera en la indispensable aplicación de los códigos y en la severa distribución del derecho. Nada de guardia: la implacable crueldad neroniana impide que me acompañen aquellos milites germanos, cuyas lanzas me circúan siempre y cuyos labios renuevan á la hija los juramentos de fidelidad que pronunciaran por la madre. Nada de libertos: el emperador no quiere que tenga confidentes y consejeros quien sólo tomó consejo de su amor para ceñirle contra los dioses y los hombres la corona del mundo. Ningún cuidado por mí. Puede penetrar un asesino hasta mi alcoba y tratar como á una perra, si quiere, á quien fué una diosa. Ninguna consideración absolutamente conmigo; así no se acerca nadie ahora por este sitio, cuando antes parecía un castillo sitiado mi persona según la gente que me rodeaba, y un general de numeroso ejército según la comitiva que me seguía por todas partes. Recorre las cercanías de este retiro, entra en sus jardines, paséate por sus estancias, penetra en los rincones: ni un alma. El emperador nada quiere con quien le dió primero la vida y luego la corona.

— ¡Ah! Sucedieron tantas cosas tristes en pocos días, que al cabo te han traído sus nefastas consecuencias á la triste soledad en que ahora te hallas.

— Desde que Nerón se arrestó á la muerte de Británico, vi la nave del imperio haciendo agua por todas partes.

— Pues mira cómo se ha encallecido la conciencia romana y cómo se ha todo sentimiento piadoso acabado en la ciudad. El veneno propinado á Británico por Locusta era de tal fuerza corrosiva que acabó con él, como viste, cual pudiera una centella fulminante. No hubo intervalo aparente entre muerte y sepelio. La misma noche de su desgracia última y con las preseas del festín gozoso le llevaron á la pira, sin permitir que ni siquiera su hermana Octavia le llorara y pidiese para sus restos reposo á los dioses de la familia y de la patria. Curáronse únicamente de teñir el rostro inánimado para que las manchas de la piel no acusasen la especie de muerte que había sufrido. Con más consideraciones y más respeto entierra Nerón á sus bestias que á sus hermanos.

— Pues no le ha valido. Las plañideras de oficio se han junta-

do, y en vez de llorar por encargo y pago, lloraron las cuitadísimas tan de veras que conmovieron al pueblo, el cual se juntó en innumerable muchedumbre alrededor del brasero fúebre, aclamando como víctima del despotismo y como mártir del derecho al predilecto difunto. Hasta el cielo pareció conjurarse contra el fratricida y llorar al pobre sacrificado. Culebreó el relámpago, estalló el rayo, diluviaron las nubes; y la hoguera que debía consumir el cuerpo, se apagó; y los fúebres afeites que debían ocultar las manchas, se destiñeron; y un clamor tan grande salió del pueblo, que parecía todo él una tripulación perdida en horroroso naufragio pidiendo á los dioses todos el indispensable socorro y auxilio.

— Pues no acaricies ilusiones respecto de la indignación pública por crímenes públicos también. El pueblo romano ha caído en una superstición ya muy vulgar, en la superstición arraigadísima de que han menester los Estados del crimen como de un activo y poderoso instrumento para granjearse y conseguir el respeto debido á los gobiernos y el orden indispensable al cumplimiento de las leyes y á la obediencia general. Así es que, aplicando el criterio colectivo al caso este, creen que no podrían los dos hermanos convivir en el trono; y dada la necesidad imprescindible de que uno desapareciera, optaron por la desaparición de Británico, pues traería la del emperador ya reinante aparejados cambios, los cuales no podían por menos de maltraernos á sacudimientos bruscos y á conflictos tremendos en las incidencias del interregno.

— Quien así discurre no sabe una palabra de política. Si por algo me subleva el crimen que ha perpetrado el hijo mío, quien debió heredar de su madre otra inteligencia del gobierno, es por creerlo contraproducente y atentatorio á lo que se requería y buscaba por su medio. La presencia de Británico en el palacio y su coparticipación en el trono le valían á Nerón el apoyo de una considerable parte del patriciado y de otra considerable parte del ejército, aun prescindiendo del pueblo, dado siempre al culto de los sucesores del divino César. Podía todo cuanto le demandara el gusto hacer mientras tuviera en un lado á la infeliz Octavia y en otro lado á Británico, cual sobre los tres la sombra de esta su madre. Mas ha querido campar el infeliz por sus respetos, y pronto se tirará de una oreja y no se alcanzará de modo alguno la otra.

Que para quedarse allá en lo alto enteramente solo, sacrifique á su Octavia, sacrifique á su Agripina, cual ha sacrificado á su Británico, y no le arriendo la ganancia. Pronto, muy pronto le hará el cielo sentir sus iras, y la corona se le caerá de su frente como á impulsos de un rayo, y el suelo se abrirá bajo sus plantas para devorarlo y tragárselo.

— Pues, Agripina, ten por seguro que ha decidido el sacrificio de Octavia.

— ¿Lo crees tú así?

— ¡Vaya si lo creo! Sabes que nada puede ocultarse á mi vista en Roma, donde todo lo secreto se sabe y se patentiza de suyo á mis ojos, y á ese respecto sé cosas peregrinas.

— Las adivino todas, las adivino, sin que las digas.

— ¡Cuánto no te opusiste á los amores de tu hijo con Acté, Agripina!

— Tienes razón, me opuse. Indignábase mi ánimo contra la favorita cuando pensaba que la sangre julia, proveniente de Venus misma, se mezclaba en una especie de ayuntamiento casi bestial con triste sangre asiática.

— Pues en eso aventajaba tu orgullo patricio á tu sentimiento político. Acté no se hubiera mezclado para cosa ninguna en los asuntos romanos; y la nueva mujer en cuyas garras ahora se precipita, no habrá de contentarse con obtener el corazón de tu hijo, pedirá el trono también. Y para escalar el trono, pondrá una gradería de cadáveres, en la cual habrá escalones capitales, formados por el cuerpo de Octavia, por mi cuerpo, no lo dudes, Agripina, y por el tuyo, sí, por el tuyo. Se cumplirán los augurios del astrólogo; caerás derribada en el suelo por mano de tu propio hijo, á quien has querido poner, en tu desvariado maternal amor, entre los astros del cielo. Aquí no tenemos otra cosa que hacer sino aguardar, con la resignación del buey ó de las otras reses á la puerta de los mataderos, la hora en que nos echen al cuello la sogá y nos arrastren sobre un lago de sangre á la piedra enrojecida, sobre la cual habrán de herirnos é inmolarnos en este universal degüello.

— Pues yo, Vitelio, no tiemblo todavía. Podrá todo eso que tú dices amenazarnos, lo creo; pero no me asusto, ni dejo de luchar un momento contra todo y contra todos. Podrán perseguirme, pero

no sin que yo me revuelva contra mis perseguidores. Podrán ofenderme, pero yo sabré defenderme. Podrán matarme, pero el chorro de sangre que despida mi corazón, al partirlo el puñal de los verdugos, apagará muchas estrellas en el cielo. Me declaran la guerra. Pues ya verán cómo recibo yo esa declaración y cómo me porto en la lucha. Prefiero el odio al olvido. Prefiero al menosprecio el combate. Prefiero á la indiferencia la muerte.

— Popea nos ha señalado ya como víctimas á tu hijo.

— Esos amores con Popea me prueban que se ha dementado.

— Verdad. Nadie podrá explicarse á satisfacción que haya caído en la red tendida por una familia patricia y pase por asociar al trono damas que no sean de sangre augusta.

— Cuanto hace ahora en todo esto acusa una insensatez tal que precisará encerrarlo como á un loco furioso. ¡Apartar á Popea de su marido! ¡Unirla en matrimonio nuevo con Othón! ¿Crees que va éste á guardarle fidelidad, cuando al más porro se le hubiese ocurrido que concluiría por tomar en serio su matrimonio, enamorándose como un Paris de la Helena que debía guardar como un eunuco hasta tragarse y engullirse con ansia el regaladísimo bocado? Cree, Vitelio, que Nerón, en cuanto desoye mis consejos, no sabe nunca el cuitado lo que se pesca. Cree á quien lo ha puesto en el mundo y lo ha puesto en el trono.

— Con efecto, el buen Othón toma en las barbas de su rival como propiedad suya y en disfrute la mujer que Nerón le constituyera y confiara en depósito. Así, monarca y todo, se ha quedado con tres palmos de narices. Popea, como no quiere á nadie, como sólo está de sí misma enamorada, juzga único medio de alzarse con la corona enrabiar á Nerón, y único medio de llegar á enrabiarlo y enfurecerlo, herirlo con celos, mostrándole una pasión ardiente por Othón, que tiene ya perdido el seso por ella. El palacio de Othón parece un nido de amores, donde hacen de tórtolos la esposa y el esposo fingidos. Así Popea le dice á Nerón que no necesita el afecto de un emperador teniendo el afecto de un tan garrido patricio. Y éste no se muestra menos prendado de la esposa que le deparara la confianza del César. Por más que Nerón lo retiene á sus cenas por la noche, á fin de que regrese tarde á la casa y conviva lo menos posible con Popea, el depositario se va temprani-

to, diciendo en voz alta que así cumple á un recién casado y que su mujer le aguarda impacientísima en el tálamo nupcial. Y para que nada falte al tormento, como es rico el buen Othón y Popea riquísima, ostentan un lujo indicativo de que no han menester para los goces del orgullo y para los recreos del arte ir al Palatino. Si Nerón tiene cien músicos, Popea doscientos. Si Nerón ofrece una esencia carísima para que se laven los pies sus convidados, Popea echa esas olorosas aguas por canales de plata y las levanta por los aires en surtidores de oro, lloviéndolas sobre las cabezas de sus comensales en gotas que cuestan cada cual su correspondiente ses-tercio. Vamos, Nerón está por tan crítico estado fuera de sí, resuelto á cualquier atrocidad horrible, de las que pasan frecuentemente por su cabeza, propensa de suyo á fantasear cualquier desvarío, que luego pone su pervertida y trastornada voluntad en práctica.

— Sabía en gran parte cuanto me refieres y adivinaba la otra parte.

— No hay más remedio que defenderse.

— ¿Qué dices defenderse? No hay más remedio que atacar.

— Pero ¿cómo?

— ¿Cómo? Como nuestro instinto de conservación, muy despier-  
to y poderoso, nos dé á entender. ¡Pues no faltaba más! Hemos te-  
nido la vida de todas esas gentes, que ahora nos combaten, aquí en  
la mano, ¿y habíamos de amilanarnos, cuando tan fácil cosa es he-  
rirlos y defendernos tú y yo con todos mis postreros partidarios y  
amigos fieles? No te azores. Lo capital en lances así es la esperanza  
del triunfo. Lucharemos y venceremos.

— ¡Cuán difícil cosa el combate me parece! ¿Con qué satisfarás  
las ambiciones de Popea?

— Si no puedo satisfacerla de algún modo á derechas, mataréla  
con seguridad. Todavía no he soltado las tijeras de Parca implaca-  
ble, con las cuales corté, desde mi niñez casi, el hilo de tantas vidas.

— ¿Cómo y con qué satisfarás la voluptuosidad de Nerón?

— ¿Cómo, con qué? Pues con mi cuerpo si es posible. No mira  
jamás Nerón la clase de carne que satisface la sensualidad suya.

— ¡Agripina! — gritó Vitelio, presa de un horrible terror al oír  
la espantosa idea que le pasaba por el desvencijado cerebro á la  
feroz emperatriz.

Un profundo silencio siguió á este infernal centelleo del alma  
de Agripina y á esta diabólica fulguración de sus horribles pen-  
samientos. Por muy abajo que la naturaleza humana caiga, es  
imposible llegue á suprimir la conciencia y la razón en términos  
de parecerle bueno lo malo y lo malo bueno. Una idea como la  
que pasó en culébreo siniestro por la frente de aquella furia, pue-  
de oirse como estallido de un momento, pero debe prestar como  
un fugaz vértigo espiritual, en que se pierde la conciencia, como  
en los vértigos materiales se pierde la cabeza. Así un sacudimien-  
to de verdadero escalofrío recorrió todos los nervios de Vitelio.  
Retrocedió espantado ante aquella mujer de quien aparecía cómp-  
lice, y hubiera querido huir de ella como se huye de una pesadilla  
espantosa; pues, con ser tan perverso, no había soñado en que los  
abismos de perversión fuesen tan hondos. Así no dijo nada en lar-  
gos minutos. No hizo más que pasarse la mano por el rostro pálido  
y ahuyentar en lo posible la glacial frialdad que caía sobre su alma  
presa de horrible arrebató. Todo cuanto allí sucedía, todo, presaga-  
giaba la descomposición radical de un mundo entero. Al revés de  
lo anunciado por las profecías sibilinas que despojaban al tigre y  
al león de su fiereza y al escorpión y á la víbora de su veneno, con-  
virtiéndolo en brisa y el relámpago en aurora y el rejalar en mieles,  
como un grandísimo brote de bienes, el mal se re-  
crudecía y exacerbaba con un extremo tal que los jóvenes, como  
Nerón, en los umbrales casi de la vida, aunque por todas partes les  
sonriera la esperanza, perseguían y mataban sin piedad; como las  
madres, tan castas en su santo ministerio de maternidad, se pren-  
daban carnalmente de sus hijos y no tenían siquiera que les suce-  
diese por el consciente incesto lo que á Yocasta le pasó por el in-  
cesto inconsciente con su Edipo: perder á un tiempo con los ojos  
del cuerpo los ojos del alma. Sin embargo, contra el mismo crimen  
se revuelven y se levantan los criminales; y como ya lo hemos in-  
dicado, Agripina se conmovió tanto á la consideración de lo dicho  
y Vitelio á la consideración de lo oído, que cayeron en profundo  
silencio aumentado por la soledad y la tristeza del sitio donde se  
hallaban. Mas no duró mucho este reposo. Un fuerte rumor pe-  
netró en el aire de aquellos salones, un rumor lejano, indicativo  
de que mucha gente se acercaba en tropel y aun blandía instru-

mentos de combate y de muerte, quiero decir, armas, muchas armas. El fragor sacó á la emperatriz y á su ministro del estupor en que habían caído los dos.

—¿Oyes, Vitelio?

—Pues ¿no he de oír, Agripina?

—Algo extrañísimo sucede.

—¡Vaya si sucede!

—Diríase que se acerca un pueblo entero.

—Es verdad. Y un ejército.

—¿No te da mala espina eso?

—¡Vaya si me da mala espina!

—Somos desgraciadísimos.

—Nos rodea la muerte por todas partes.

—No tiembles tú como débil mujer cuando yo me porto como un hombre.

—¡Ay, Agripina! Luchando con tu hijo Nerón, realmente luchamos con la fatalidad.

—Pues para luchar con lo fuerte al mundo hemos venido, y no es cosa de que nos arredremos, y arredrados nos creamos vencidos antes de recibir el golpe asestado nuestras cabezas. Veamos qué pasa, pues: el ruido ha pasado á estruendo, el estruendo á fragor, ensordeciéndose los aires y temblando el suelo bajo nuestros pies.

—¿Quién viene, quién viene?—preguntó Vitelio á los pocos domésticos que aún rodeaban la desgracia de Agripina.

—Pues vienen—dijeron los esclavos—el prefecto de la guardia pretoriana con mucho golpe de soldados y el filósofo Séneca con mucho golpe de cortesanos.

—¿Qué nos querrán?—preguntó á la emperatriz Vitelio.

—Pues nada bueno—respondió al favorito la emperatriz.

—¿No puede ser que haya sentido Nerón en la conciencia mordeduras de remordimiento y en el corazón mordeduras de pena que le hayan movido á revocar lo hecho contra ti, su madre, y envíe todo ese tropel á reinstalarte ahora mismo en el palacio y en el poder?

—¡Cuán poco le conoces después de haberlo tratado desde que naciera y seguídolo por todas partes! Cuando una idea le penetra

en el seso y un propósito en la voluntad, acarícialos con tanto más empeño cuanto menos aparenta quererlos y acariciarlos. El intento de acabar con ambos no le saldrá del corazón, aunque muchas veces lo contrario simule y otras veces con ímpetu retroceda para dar mejor el salto mortal. Desengáñate, desde aquí al día de nuestra muerte ó de nuestra victoria únicamente nos queda por toda perspectiva en lo porvenir el combate perdurable y la perdurable fuerza.

—Se acerca el tropel, aumenta el fragor. Si dices que tu hijo no ceja, pongámonos en remojo.

—¡Oh!

Y los ojos le relampagueaban á la infeliz Agripina, y le rechinaban los dientes, y le sacudían todo el cuerpo estremecimientos casi epilépticos, y le ahogaba la rabia el pecho.

—Estamos lucidos—exclamaba tembloroso Vitelio.

—Que no me hubieran dado ninguna otra faena sino desasirme de él. Todas las furias del Averno se veían apostadas en su camino; yo supe conjurarlas. Sus tijeras habían clavado ya las Parcas en el tejido de la vida suya, y pude más con mi poder humano que todas ellas con su sobrehumano poder. Bien es verdad que no debe agradecérmelo. Yo mil veces lo hubiera deshecho entre mis brazos; pero lo impidió la consideración de que sólo á título de ser su madre podía yo dominar al mundo. ¡Oh aborrecible Aquiles, que venciste á las amazonas en desigual combate, nunca te perdonaré tu maldita victoria! Si hubiéramos continuado inscritas en los ejércitos, pudiéramos ascender á los tronos, y ascendiendo á los tronos, jamás necesitara yo del hijo de mis entrañas para sostener mi autoridad en el mundo y escalar, si fuera preciso, el cielo. Pero ¡ah!, destruyendo á Nerón, destruíame yo á mí misma. Y no me quedaba más remedio sino unir mi suerte á la suya y hacerlo como un tigre para exacerbarlo, azuzándolo contra todos sus enemigos.

—Pues lo has en tal modo azuzado, que á manera de gata se ha vuelto hacia ti con rabia y te ha metido hasta los huesos las uñas. Pero mientras así nos quejamos á guisa de plañideras, me parece que nuestros perseguidores ahí están á la puerta. Solamente que pasa con esa muchedumbre de fuera lo mismo que pasa con todas las muchedumbres encendidas y airadas: cuando llegan á momentos supremos parece que se recogen y callan.